

ASTERISCO DE MAR Y ALGA
SOBRE LAS ROCAS

Colección Narrativas Oblicuas

LA MUDEZ
DE LOS PÁJAROS

Alberto Trinidad

obvcuas.
ediciones

© Los territorios recobrados (2016-2019)

(Una *trilogía* de cuatro novelas autónomas, que se remiten entre sí, compuesta por *Territorios inhóspitos*, *Territorios sonámbulos*, *Asterisco de mar y alga sobre las rocas* y *Noche etcétera*)

Si deseas más información sobre estas u otras obras del autor, puedes escribirle aquí: alberto.trinidad@edicionesoblicuas.com

© 2023, Alberto Trinidad

© 2023, Ediciones Oblicuas

info@edicionesoblicuas.com

www.edicionesoblicuas.com

Primera edición: 2023

Diseño y maquetación: DONDESEA, servicios editoriales

Ilustración de portada: Héctor Gomila

Imprime: ULZAMA

ISBN: 978-84-19246-74-5

Depósito legal: B-1719-2023

ISBN Ebook: 978-84-19246-75-2

EDITORES DEL DESASTRE, S.L.

c/Lluís Companys nº 3, 3º 2ª.

08870 Sitges (Barcelona)

Queda prohibida la reproducción total o parcial de cualquier parte de este libro, incluido el diseño de la cubierta, así como su almacenamiento, transmisión o tratamiento por ningún medio, sea electrónico, mecánico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin el permiso previo por escrito de EDITORES DEL DESASTRE, S.L.

Impreso en España – *Printed in Spain*

1

Todo empezó el día que morí, ¿recuerdas? Apenas abría los ojos a la muerte, con un parpadeo salado que me decía estoy aquí, estoy allí; que me enseñó un pedazo de sol que se apagaba entre restos de nubes grasientas. Todo empezó ese día, el día que morí, ¿lo recuerdas? Estaba tumbado en la orilla de rocas del acantilado. Mis miembros, pesados por el agua, por la ropa empapada adherida a ellos, se desmadejaban inertes sobre las piedras. Instantes antes —una eternidad reducida al punto y final de mi vida—, me había arrojado desde lo alto. ¿Recuerdas? Parpadeé. La noche llegaba en una carroza sucia de gris decadencia. ¿Eres tú la muerte?, le dije. Empapado y a oscuras, escuchando los cansinos latidos de mi corazón ahogado dentro del pecho. Ella respondió que no.

—Más bien soy la que te ha salvado de ella. —Dijo.

Abrí más los ojos. Comenzaba a tener frío, esa clase de frío que germina en los huesos y se expande luego por el resto del cuerpo. Se hacía de noche y el agua del mar continuaba salpicándome allí tirado en la roca.

—¿Estás bien? —dijo.

No supe qué contestar. Ella me ayudó a incorporarme antes de que yo pronunciara ninguna respuesta. ¿Puedes respirar?, dijo. ¿Has tragado mucha agua?, dijo.

Ella también estaba mojada. Con sus manos auscultó los restos de mi cuerpo, que podían moverse según sus indicaciones. Sí, dije.

Le dije que sí, que podía respirar, que no debía de haber tragado mucha agua. Ella me miró a los ojos y vi la mezcla de colores de la noche en sus iris.

—Será mejor que vayamos a quitarnos esta ropa mojada y que nos sequemos.

No pude evitar sonreír al escuchar la palabra ‘mejor’. Será lo mejor, sí, murmuré. Y ella también se rio.

En su casa nos turnamos para entrar en el baño, secarnos y cambiarnos de ropa. Ella me ofreció unos pantalones y una camisa, supuse que de algún reciente amante, no se lo pregunté.

—Parecen de tu talla —dijo.

Yo asentí y concentré mi atención en los detalles de aquella casa donde no había estado nunca. En los detalles del cuerpo y la vestimenta de la chica.

—Ahora tú y yo nos vamos a ir a tomar una copa por ahí y a charlar largo y tendido.

Eso dijo, «a charlar largo y tendido».

La seguí. Afuera, la noche permanecía herida de gris. Corría una brisa fría que en aquel momento interpreté como los vestigios de mi reciente fallecimiento; al parpadear, aún pensaba que me encontraba tirado en la falda pedregosa del acantilado, deshecho de mí y desapareciendo.

Tras caminar un par de centenares de metros entramos en un bar. Creo que he estado aquí antes, le dije al reconocer

el barrio y la curiosa ordenación de las mesas en un largo pasillo hacia la barra.

—Es un buen sitio, no me extrañaría.

Antes de tomar asiento, ella me preguntó qué quería tomar mirándome a los ojos de la misma manera como lo hizo un rato antes, en las rocas, como si no hubiera pasado el tiempo. Cualquiera cosa estará bien, le dije.

—No, cualquier cosa no estará bien. Piensa qué es lo que quieres beber y pídemelo.

Dijo. Con sus ojos en mis ojos, como si estuviera todavía tendido en el lecho de alga, roca y agua, y me preguntara si estoy bien, si puedo respirar, si me he tragado una docena de medusas transparentes mientras me ahogaba en el fondo marino.

—Me gustaría beber una cerveza fría, y una copa de anís con hielo —pedí. Luego ella me sonrió, al tiempo que desaparecía por el pasillo en dirección a la barra y yo me hundía en el asiento, en la penumbra del bar, pensando en la mezcla de colores de la noche, en mi cuerpo a cámara lenta cayendo en mitad del crepúsculo, como un pájaro amputado de cielo.

Cuando regresó sentí que me acababa de despertar, que me había quedado dormido durante algunos segundos y de repente despertaba. Ella puso sobre la mesa, junto a mis manos, la cerveza y la copa de anís; uno de los camareros, que la seguía, depositó frente a su silla vacía un cóctel que me hizo recordar un Angel Face.

Estuvimos mirándonos unos instantes. Ella probó su copa y yo le di un sorbo a la cerveza.

—¿Cerveza y anís? —preguntó.

—Sí —dije, recordando las razones—, me gusta el sabor del anís, pero no el regusto que me deja en la garganta. La cerveza me ayuda a aplacarlo.

A ella pareció divertirle mi respuesta. Yo la miraba: su rostro seco con la línea de los ojos pintada de negro, en contraposición a su cara mojada en el acantilado. ¿Puedes respirar?, me había dicho. ¿Puedes pronunciar las letras de tu nombre?

—¿Cómo te llamas? —le pregunté entonces, justo cuando iba a volver a dirigirme la palabra.

—Me llaman Laberinto —dijo.

Así que puedes llamarme Laberinto, apostilló.

Yo me quedé callado durante unos segundos, pensando en ese nombre, en cómo me acababa de decir que la llamaban. Ella bebía de su copa sin apenas inmutarse, mirándome a los ojos.

—¿Y a mí? —pronuncié por fin—. ¿Cómo podemos llamarme a mí?

Laberinto se tomó un rato para decidirlo, hizo una graciosa mueca con los labios, amusgando los ojos, y enseguida dijo: Stern.

—Te llamaremos Stern, el doble de ti mismo.

Entonces vi como Stern se reía, por primera vez abiertamente desde que se arrojara al mar. Stern, dije, y reí.

Ambos reímos.

Luego bebí un sorbo de anís, y, al cabo de cinco segundos, un trago largo de cerveza.

No sé qué otras frases intercambiamos antes de que ella me preguntara por el acantilado. Por mi cuerpo en el mar, hecho un asterisco de roca y alga. Ni recuerdo exactamente las palabras, sutiles, que utilizó para hacerlo.

—No existe una razón concreta —divagué mientras acababa de un último trago el anís. En la penumbra del bar se filtraban los movimientos de los demás como luces en extinción.